

David Toscana

# La ciudad que el diablo se llevó

*Una novela sobre la supervivencia y las ruinas de nuestro tiempo*

*Candaya Narrativa 67*

Diseño de la colección: Francesc Fernández  
Fotografía de la portada: "Músicos callejeros en Varsovia". 1933. Narodowe Archiwum Cyfrowe (Archivo Nacional Digital de Polonia)

Primera edición: Julio 2020

ISBN: 978-84-15934-84-4  
21x14 cm; 288 págs.  
PVP : 17€



David Toscana  
**LA CIUDAD QUE  
EL DIABLO SE LLEVÓ**

CANDAYA

## **LA OBRA: LA CIUDAD QUE EL DIABLO SE LLEVÓ**

Después de la destrucción, ¿qué queda para volver a empezar?, se pregunta el escritor mexicano David Toscana en *La ciudad que el diablo se llevó*, una novela coral que hace de la imaginación un proceso de supervivencia en un país devastado por la Segunda Guerra Mundial, donde el futuro parece que no llega nunca.

Feliks, Kazimierz, Eugeniusz y Ludwick conviven con las heridas de una ciudad que no acaba de resucitar y recorren las ruinas de Varsovia como si recorrieran sus propias vidas despedazadas por la guerra: entre paseos que se adentran en los escombros, borracheras que miran al abismo, libros perdidos y reescritos interminablemente o cementerios donde germinan historias de vivos y muertos.

Junto a ellos, Olga, Marianka, las hermanas Kasia y Gosia, un barbero, un escritor y un grupo de presos comprenden que sobrevivir significa reconstruir partiendo de las ruinas y que el sentido de la existencia está en la belleza, donde sea que haya que buscarla.

## EL AUTOR: **DAVID TOSCANA**

David Toscana (Monterrey, México, 1961). Se graduó como Ingeniero Industrial y de Sistemas. Formó parte del International Writers Program, en la Universidad de Iowa, y del Berliner Künstlerprogramm.



Es autor de *Estación Tula* (1995), *Lontananza* (1997), *Santa María del Circo* (1998), *Duelo por Miguel Pruneda* (2002), *El último lector* (2004, premios Antonin Artaud, Bellas Artes de Narrativa y José Fuentes Mares), *El ejército iluminado* (2006, Premio Casa de las Américas José María Arguedas), *Los puentes de Königsberg* (2009), *La ciudad que el diablo se llevó* (2012), *Evangelia* (2016) y *Olegaroy* (2017, premios Xavier Villaurrutia y Elena Poniatowska).

Su obra se ha traducido a quince idiomas.

### DE LA OBRA ANTERIOR DEL AUTORA SE HA DICHO:

“David Toscana es uno de los más innovadores narradores mexicanos contemporáneos.”  
**Eduardo Espina, *El Observador*.**

“Una obra que en España emparentaría de modo claro con el mejor Luis Landero, puesto que se sustenta en un mismo aliento o eje: el hiato entre realidad e irrealidad y el afán de los hombres por no resignarse a lo que son sin haber, al menos, intentado probar la suerte de lo que podrían ser; en suma: la redención en la búsqueda de lo imposible.” **Ernesto Calabuig, *El Cultural*, *El Mundo*.**

“La obra de Toscana se descubre más afín a la de clásicos mayores de Hispanoamérica que también ahondan en una percepción insistida de lo irreal: Onetti, Bioy, Piñera, Efrén y Felisberto Hernández. Quiero decir: el mundo de Toscana, como el de Daniel Sada, es La Irrealidad hispanoamericana de altos vuelos.” **Geney Beltrán Félix, *Letras Libres***

“David Toscana encuentra, no un equilibrio, sino una provocación a sus lectores, pues los hace a todos ellos partícipes, cómplices de su juego narrativo, los empuja suavemente a un páramo de abyecciones e incomodidades de mano del actante, de las cuales terminan formando parte irremediabilmente.” **Andrea Medina Razo, revista Soma.**

“La narrativa de Toscana aborda universos que van más allá de lo que se considera “normal”, abrevando en la tradición de Cervantes, Kafka y Onetti (...) David Toscana es un escritor que desde sus primeros libros apostó por la imaginación —la suya propia y la de sus personajes— como tema, como técnica y como estrategia narrativa. A lo largo de su trayectoria ha ido afinando sus descubrimientos iniciales y explorando otros, con el fin de conseguir, a través de la novela, esa huidiza síntesis entre la sórdida realidad, la ironía más ácida, el humor espontáneo y la fantasía más desbocada.” **Claudia Guillén, Revista de la UNAM.**

“David Toscana es un narrador emblemático de nuestro tiempo.” **Élmer Mendoza, El Universal.**

“Es digno de alabanza el manejo elegante del lenguaje sin caer en una redacción pretenciosa y pesada para el lector. Toscana logra subir al lector como el quinto tripulante en esta nave de los locos. Las preguntas existenciales, la reflexión final e incluso ese sentimiento de discordia es imposible de evadir.” **Damián Soto, Sudcalifornios.**

“El humor, y en específico el negro, en las novelas de Toscana es legendario (...) logra unir la gran tradición de la picaresca en español con el universo metafísico de otro checo, Franz Kafka, para imponer un nuevo adjetivo atmosférico a la literatura mexicana: toscaniano o toscanesco.” **Juan José de Ávila, El Confabulario, El Universal.**

“Será acaso sus temas innovadores, su prosa limpia o los toques de humor que impregna en sus escritos, lo cierto es que se ha convertido en un importante referente de la literatura mexicana, con casi una decena de libros que han sido traducidos a múltiples idiomas.” **Roberto Wong, El anaquel.**

“Al abrir un libro de David Toscana, uno lo hace aceptando que no existen fronteras o límites de ninguna índole que puedan trazarse sin que el imaginario del autor encuentre formas de borrarlas.” **Ana Isabel Hibert, Criticismo**

**SIETE RAZONES PARA INTERESAR A LAS LECTORAS Y LECTORES:**

1) David Toscana es, hoy en día, uno de los maestros del panorama literario mexicano. Numerosos reconocimientos han señalado que su obra es una de las más importantes en la actualidad y lo destacan como un notable fabulador, un prosista intenso y una voz que retrata una forma diferente de ver el norte mexicano, más allá de las historias de narcotraficantes y sicarios. Su obra se centra en personajes desarraigados, solitarios, enloquecidos, que se mueven en una frágil frontera entre la realidad y la locura.

2) En *La ciudad que el diablo se llevó*, Toscana visita territorios y contextos diferentes: es la historia de varios personajes que sobreviven al final de la Segunda Guerra Mundial y a los comienzos de la ocupación soviética de Varsovia: la soledad, el miedo, el hambre y la búsqueda de los restos de un pasado que no es tan lejano todavía, los unen en una serie de recorridos por la ciudad destruida: ¿qué buscan?, ¿la redención, la venganza, la supervivencia?

3) Contada con una prosa sencilla pero de alcance poético, esta novela de ágil lectura tiene como punto de partida un evento azaroso: cuatro hombres se salvan de ser fusilados por los nazis en los últimos días de la guerra. A partir de ahí, Feliks, que regenta una tienda de artículos provenientes de la rapiña y el expolio, Ludwik, el enterrador del pueblo, Kasimierz, un aspirante a conserje en una escuela, y Eugeniusz, un sacerdote católico cuya única labor es repartir la extremaunción entre los varsovianos, se convierten en una suerte de caterva que celebra la vida entre aventuras y borracheras sin buscar nada en especial, sino tal vez, solamente, el sueño de un destino que mucho tiempo atrás se quebró.

4) Con esta novela, David Toscana profundiza en los temas que han hecho grande su literatura: personajes que luchan por no caer en el olvido, la violencia cotidiana de la civilización, el alcohol que nubla el pensamiento y abre una verborrea de historias y deseos moribundos pero siempre resistentes. Estos personajes deambulan por una Varsovia convulsa, casi herida de muerte, donde encuentran las formas diversas en que un mundo roto en sus raíces se retuerce y vuelve a vivir. Esta es, sin duda, una novela sobre la resistencia de Varsovia, pero no la resistencia durante la guerra, sino la resistencia después de la guerra.

5) Las ruinas de Varsovia son el edificio que representa las vidas de los personajes: ahí, entre los escombros, sólo quedan dos cosas: recordar lo que fue o inventar lo que pudo ser. Los personajes de *La ciudad que el diablo se llevó* optan por la invención, por la imaginación creativa, que los lleva desde historias de milagros practicados en mitad de una borrachera hasta la reconstrucción de la vida y muerte de un cantante tradicional judío, el rescate de un preso política en una de las prisiones del nuevo régimen o el milagro de la resurrección en una cripta del cementerio.

6) *La ciudad que el diablo se llevó* interesará al lector español no solamente porque le abre la puerta a un autor mexicano de altísimo nivel, ahora radicado en Madrid después de residir

en Polonia y Portugal, sino porque el libro apela a la idea de cómo nos relacionamos con la historia, es decir, ¿en qué punto dejamos de seguir la historia de, por ejemplo, la segunda guerra mundial? Los personajes sobrevivientes no regresan a sus vidas como si nada hubiera pasado, sino que han de adaptarse a la continuidad del flujo histórico, y la obra de Toscana nos introduce en esos íntimos procesos de adaptación.

7) El humor es uno de los recursos más interesantes en la obra de David Toscana, y *La ciudad que el diablo se llevó* es probablemente uno de los mejores ejemplos: caminando por la ciudad, buscándose la vida, emborrachándose, estos personajes viven en un estado de ánimo que va de la tristeza a la risa en un suspiro, y que nos conduce, a nosotros como lectores, por encima de esa línea difusa que separa lo trágico de lo cómico. El humor no como un método para apartarse de la realidad, sino como una de las resultantes de esa adaptación.

## **FRAGMENTO DE LA CIUDAD QUE EL DIABLO SE LLEVÓ**

Sí, queridos amigos, cuando Stanisław August Poniatowski, el último de nuestros bien o mal amados reyes, dio su anuencia para que se construyese el cementerio Powązki, tenía presente una verdad muy sencilla: los varsovianos solemos morir. Claro que la guerra aceleró las cosas, pero nuestra ciudad tenía en tiempos de paz alrededor de cincuenta difuntos diarios; eso nos da cerca de cien mil durante el periodo en que nos ocuparon los nazis, así que habrá que descontarlos de las estadísticas finales. Era un desatino que luego de un bombardeo me llevaran cadáveres de tuberculosos o de alguien que rodo por las escaleras o de un viejo que no pudo más con su vejez o de una mujer que se quedó en el parto; eran muertos de segundo orden, pues no llevaban la aureola de víctimas, sino de meros impertinentes. Y sin embargo, para todos hay espacio. Tenemos cementerios para cada credo y clase social y rango militar; con lápidas individuales y colectivas. Los tenemos también para epidemias, y si gozáramos de terremotos o inundaciones, ya nos habríamos inventado camposantos para esos cataclismos. Hay también criptas en iglesias e incontables fosas comunes y clandestinas. Eso sin tomar en cuenta que ahora buena parte de la ciudad es un cementerio. Las plazas están repletas de tumbas temporales que se están volviendo permanentes; y basta levantar un poco de escombros para hallarse a una familia entera en la cocina, un niño en el ropero, una madre en huesos, un abogado bajo su escritorio, una beata sin rodillas. Se remueve una losa y ahí está la abuela todavía con sus agujas de tejer.

Ludwik no mencionaba nombres de muertos o deudos ni fechas. Evitaba los detalles específicos de su oficio, y sus amigos suponían que no se trataba de una discreción natural sino del modo de inducir a que le diesen más alcohol, pues después de una ración de vodka le vendría la voluntad de parlotear precisamente cuando su lengua, torpe y flácida, se resistiera a hacerlo.

Entonces decía cosas como: ¿Recuerdan a la señora Kukulska? Créanme, amigos, era más bella de lo que se contaba. Luego bajaba la voz para agregar: Tengo para mí que su marido nunca la tocó.

Discutían si un cadáver podía ser bello, si de veras Ludwik tenía el modo de sondearle la castidad, si los muertos eructaban o abrían los ojos en la Noche de San Juan. Tildaban de falsas muchas de sus anécdotas, pero qué más daba la verdad si se podía imaginar a la señora Kukulska inmóvil y desnuda.

El padre Eugeniusz disfrutaba la compañía de hombres que podían emborracharse, hablar de mujeres y de la vida sin mencionar a dios. Le gustaba que le llamaran por su nombre, y que, a diferencia de las mojigatas de iglesia, le tuvieran poca tolerancia si decía alguna estupidez.

Salud, hermanos.

Sorbían el pico de las botellas y soltaban preguntas que Ludwik había respondido en numerosas ocasiones.

¿Es verdad que hay muertos que están vivos? Eso es bien sabido. Bailan, cantan, hacen el amor. ¿Y se matan unos a otros?

Eso nunca.

¿Es verdad que en invierno guardan los despojos en un cobertizo hasta que llegue la primavera?, preguntó Feliks.

Ludwik movió la cabeza en vaivén. La naturaleza es sabia; en invierno ni la tierra se escarba ni los muertos apestan.

Eso lo entiendo si hay que enterrar a uno o dos. ¿Pero qué haces con miles de varsovianos esperando la primavera?

La botella de Ludwik estaba vacía. Kazimierz hubo de darle otra.

¿Es cierto que envuelven a los muertos en una manta y venden de nuevo los ataúdes?

No llegaba la respuesta porque alguien preguntaba a cuántos metros de profundidad debía estar una fosa común.

¿Qué es el polvo blanco que le echan a los cadáveres? ¿Existen los fuegos fatuos?

¿Puedo verla?, le susurró Kazimierz a Ludwik?

¿A quién?

A la señora Kukulska.

Ludwik lo observó un rato para saber si hablaba en serio. Amigo mío, un pollo muerto despierta más el apetito que uno vivo. Con las mujeres no pasa lo mismo.

Pregunté si podía verla.

Date una vuelta el día que gustes. Vayan todos, porque hay que levantar una losa muy pesada.

Feliks se acercó a una ventana sin cristal y puso la mano sobre el sombrero para que no se lo llevara el viento. Luego de apoyarse en una viga fracturada, escupió hacia la plaza Napoleón. No escuchó el aterrizaje.

Se hallaban en el quinto piso de la torre Prudential. El plan original había sido llegar hasta la azotea y mirar desde allá el mar de piedra en que estaba convertida la ciudad.

No llegaron tan alto. Eran tres hombres arriba de sesenta años y uno con pocos recursos físicos. Hallaron fragmentos de escalera y varillas retorcidas que les sirvieron para ir trepando. Cuando buscaban la ruta al sexto piso, Ludwik se sentó en un rellano.

Subir sobrios es complicado; bajar borrachos será la muerte.

Cada quien colocó en el centro su aportación para la velada. Sumaron cinco botellas y un par de embutidos. De inmediato se pusieron a beber.

La noche refrescó y el esqueleto de edificio fue poca cosa para atajar los vientos. Feliks se lamentó por no haber llegado hasta la azotea. Desde allá habría jugado a reconocer calles y sitios. Un juego difícil. Ahora mismo tenía enfrente la plaza Napoleón, pero había que descubrirla bajo las toneladas de ladrillo, concreto y cascajo.

Padre, dijo Ludwik, bendícenos el vodka para emborracharnos a gusto.

Ante su negativa, el propio Ludwik se arrodilló y alzó un par de botellas por sobre su cabeza.

*Deus nostro fiat aquam vitae benedictus et nos beberis.*

Ten cuidado, le advirtió Eugeniusz. Es obvio que no sabes latín, pero jugando con las palabras podrías dar con una secuencia que fulmine tu alma para siempre.

Ludwik se tambaleó junto a una abertura en el suelo que lo enviaría a una caída de quince metros. ¿De verdad existen esas palabras?

Sí, respondió Eugeniusz; aunque no las he descubierto.

Escríbelas en un papel cuando las tengas. Te prometo que no lo leo. Lo llevaré en mi cartera como una cápsula de cianuro. No podría. Apenas las termine de escribir seré exterminado. ¿Y de qué te sirven tantos años de sacerdocio? ¿No puedes pedir perdón?

Ya basta. Dio un trago. Hoy quiero ser un laico disoluto. ¿Entonces por qué traes tu mochila con la extremaunción?

Para que me dejen salir del convento, Eugeniusz se desabotonó la sotana.

Y por si te caes en ese hueco, se sumó Kazimierz. Desde acá arriba te echamos el agua santa.

No hemos brindado por la vida, dijo Feliks.

Los cuatro se acercaron y chocaron las botellas.

Por la gracia de estar en este mundo, propuso Ludwik, y los otros corearon el brindis.

Luego de varios tragos, ya no importaba si Eugeniusz era cura o capellán, franciscano o jesuita o fariseo, pues en ese quinto piso del derruido edificio Prudential los cuatro ebrios eran por igual hijos amados en los que algún dios lejano tenía sus complacencias.